

MANIFIESTO A FAVOR DE LOS NIÑOS Y NIÑAS

Desde el nacimiento el bebé tiene un destino: su domesticación para la sociedad patriarcal. Ha de convertirse en un adulto, en hombre o mujer capaz de funcionar en esta sociedad dividida en herederos y desheredados y jerarquizada en todos sus estratos; obedeciendo y dando las órdenes que regulan todos los aspectos de la vida pública y privada; luchando por obtener, mantener e intentar ampliar una cuota de poder; capaces por ello de comerse al de al lado y ocupar su puesto; y capaces, en fin, de contribuir a reproducir las instituciones, las normas y los seres humanos que forman esta sociedad.

Pero los bebés no nacen con deseos de lucha y de violencia; nacen con deseos de ternura, de afecto físico y de vida plácida; no desean ni están preparados para la guerra sino para el entendimiento. El cambio no se puede resolver con demasiada rapidez. Un niño no se convierte en un adulto de la noche a la mañana.

La guerra entre adultos y criaturas es la resistencia de la vida humana frente a la sociedad patriarcal; en cada caso dura varios años; y es implacable y sistemática. Esta guerra no se nombra ni se menciona: oficialmente no existe (lo llaman 'educación' para despistar). Pero basta un breve repaso de los artefactos, artilugios y barreras de todo tipo que se les aplica; de las palabras despectivas, agresivas y cargadas de violencia que se les dirige; de la programación total y absoluta, hora a hora, día a día, año a año, que se hace de su tiempo, de lo que deben hacer, decir y sentir, para que esta guerra de los adultos contra los niños quede al descubierto.

No se trata, pues, de una guerra que se resuelva en una sola batalla, aunque las hay unas más imprescindibles e importantes que otras; es una guerra de desgaste; es una doma que necesita habilidad técnica y tiempo; los pedagogos y psicólogos, los profesionales especializados en la doma de seres humanos, lo saben y no cesan de buscar y de perfeccionar las técnicas de educación precisamente para evitar los excesos de los adultos que se ven acometidos por la prisa de que sus hijos o alumnos se comporten enseguida como ellos y dejen de molestar y dar guerra. Con frecuencia se carece de la paciencia necesaria para ser buenos domadores, porque estamos bien adaptados y tenemos asumido este orden establecido como nuestro modo de vida; y los niños vienen a incomodarnos, a cuestionar nuestra precaria estabilidad. No se nos ocurrirá ponernos en su lugar, comprender sus necesidades y cuestionar así juntos el sistema, porque estamos dentro de él y una de sus premisas fundamentales es ese credo infantil según el cual los niños inevitablemente son un trasto y dan guerra hasta que aprenden buenos modales, se les educa y llegan, como se decía antes, 'al uso de la razón'... adulta.

Estamos en la Asociación Antipatriarcal (del lado de los niños y de las niñas) para intentar defenderles con todos los medios y fuerzas que podamos. Sabemos que muchos adultos actúan inconscientemente, repitiendo lo que sus padres hicieron con ellos, considerándolo como lo normal, lo que se debe hacer. Por ello queremos desvelar este sistema de represión de niños, poner al descubierto su sistema de creencias: cambiar los cristales opacos por otros traslúcidos que dejen ver, eslabón a eslabón, toda la cadena de medidas que sistemáticamente se toman para oprimir la vitalidad de las criaturas y vencer su resistencia.

Para ello se requiere un esfuerzo de memoria. Un esfuerzo de desidealización de la propia infancia. El recuerdo de lo que nos pasó cuando fuimos niños. Dejar hablar a la herida, no al montaje idealizado que a lo mejor nos hemos hecho para que no nos duela. Todo el mundo tiene su criatura interior que es el recuerdo consciente o inconsciente de lo que fué y de lo que le hicieron. Ese recuerdo es lo que nos tiene que incitar y empujar a defender a las criaturas de ahora. Ellas no pueden hacerlo; de entrada lo ignoran todo de este mundo; y aunque pronto empiezan a conocerlo, tampoco van a tener ningún

margen de maniobra, no van a poder hacer nada porque un poder omnímodo e implacable se lo va a impedir. Las posibilidades de defensa de las criaturas son siempre reducidísimas; y, aunque físicamente aumentan según van creciendo (rabieta, pataleta, travesuras), los adultos se guardan muy bien de ir bastantes pasos por delante para poder con ellas (castigos, bofetadas, amenazas, chantajes). Es por tanto urgente y muy importante, como decía Christiane Rochefort, que los adultos que no hemos perdido la memoria, que no queremos olvidar ni traicionar nuestra infancia, nos pongamos del lado de los niños. En este afán queremos hacer un breve repaso de la sistemática represión que sufren niños y niñas.

La psiquis o alma humana no la insufla Dios ni la herencia sino que se constituye ante todo por el entorno afectivo que rodea a la criatura. Por eso, lo primero que la sociedad patriarcal hace contra una criatura es privarla del amor físico maternal, del entorno afectivo y del cálido contacto humano que necesita, y darle a cambio una serie de sustitutivos que aseguren su supervivencia controlada.

Los paritorios, los nidos separados de las habitaciones de las madres, médicos, puericultoras, cunas, cochecitos, sillitas, ropas abundantes que aíslan su piel de todo posible contacto con la piel de sus mayores, chupetes, biberones, leche artificial, forman parte del engranaje que se pone en marcha para privar al bebé del contacto físico que necesita.

Pues la ternura y el cariño físico que el bebe necesita continuamente lo obtendría fácilmente si la sociedad le permitiese mamar de su madre, desde el instante mismo del nacimiento y cuanto gustase, porque de ese modo, al mismo tiempo que se nutre, consigue el calor y el contacto necesarios.

En cuanto a la madre, se trata de que pueda privar a su criatura del amor y del contacto físico que necesita sin aparente contrariedad por su parte; para ello, se ha convertido la maternidad en una cuestión de médicos, dolorosa; en el transcurso de los siglos, se ha insensibilizado su cuerpo para convertirlo en cuerpo sin sentimientos, en máquina reproductora, de tal manera que pueda sustituir su piel por un pedazo de plástico y su regazo por una cuna sin la menor resistencia por su parte. A pesar de todo la mujer sufre 'depresiones post-parto' para las que se dan todo tipo de explicaciones encaminadas a seguir ocultando la verdad.

Por parte de la criatura, se piensa que hasta que no aprenda a hablar, no entiende ni se entera de nada; que le da igual un pezón de plástico que uno de verdad; que le da igual el calor de la calefacción y de las mantas que el calor que da el cuerpo humano; que le da igual estar en una cuna que estar en un regazo, o en brazos; que le da igual el movimiento de la cuna cuando se le mece o del cochecito, que el movimiento cuando es desplazado en brazos de un ser humano. Estamos tan acostumbrados a la frialdad de las relaciones humanas basadas en la lucha por el poder que no percibimos las necesidades de las criaturas.

Hay que recordar también el papel que juega el tabú del incesto en estos momentos para transformar el amor carnal que proviene de las entrañas de la madre en el amor maternal espiritual que debe ayudar a transformar las relaciones de tú a tú entre madre y bebé en relaciones de autoridad; y que también ha de servir para cambiar las ansias de ternura y de entendimiento de la criatura, por las simientes de la agresividad y de la voluntad de hacer daño.

En toda esta etapa el bebé solo tiene un arma: el llanto. El bebé está preparado para llorar para llamar la atención de los adultos en caso de emergencia, de alguna amenaza exterior imprevista: pero el bebé no está preparado para defenderse de su propia madre. Además, para no acudir cuando el bebé llora reclamando contacto físico, nos han dicho y nos hemos creído que el llanto de los niños es normal (para 'hacer pulmones' etc.). De este modo neutralizamos su única arma de defensa. Y si nos molesta el llanto, se han inventado sonajeros, aparatos de música, cunas que se pueden mecer, chupetes de plástico... aparatos sustitutivos de los brazos y de los pechos humanos. Y cuando no basta, se cierran las

puertas para no oírle.

También está lo de que 'no le cojas que se malacostumbra', para cuando se constata que, en un principio, el bebé se calla cuando se le coge en brazos (entonces se dice, "qué tunante, cuánto sabe"). La resignación de la criatura tarda en llegar porque su vitalidad es enorme. De hecho, los adultos solo empiezan a considerar 'anormal' el llanto cuando un niño tiene ya algunos años de edad.

La primera lucha en defensa de los niños es desmentir el engaño de que es normal que los niños lloren y que no entienden ni se dan cuenta de nada (porque no saben hablar). Desde que Leboyer y sus compañeros del 'parto sin violencia' demostraron que un bebé al nacer no tiene por qué llorar sino que, bien al contrario, puede sonreír, nadie, nadie puede honestamente permanecer inmovible ante el llanto de una criatura humana. Y si un bebé se calla cuando se le coge en brazos es porque 'sabe' de la vida mucho, mucho más que nosotros.

Desde esta edad temprana los adultos ya deciden cuándo y cuánto la criatura tiene que comer y dormir, y qué ropas deben cubrir su cuerpo. Esto no es en absoluto intrascendente. Esta es una forma de alcanzar en lo más íntimo la vida de las criaturas. Por eso es normal que la guerra se centre en muchos casos en estos particulares: el niño que no quiere comer, el niño que duerme 'mal' es el niño que se resiste, que lucha como puede. Porque ahí el niño puede luchar: el adulto no puede tragar o masticar por él, el niño se atrinchera en ese reducto de libertad.

Por ello debemos estar también aquí de su lado, diciendo que hay que permitir, aunque ello perturbe nuestros planes y trastorne nuestro orden doméstico, la autorregulación de sus cuerpos, como proponía Wilhem Reich.

En todos los campos del conocimiento, de tiempo en tiempo, aparecen 'especialistas' honestos -como Leboyer, Odent, Liedloff, Reich, Neill, Holt, Miller- que se dan cuenta de las mentiras del saber académico oficial que cimenta el orden establecido; y aunque estos especialistas no tengan un punto de vista global a favor de los niños, los descubrimientos y experiencias que hacen, cada cual en su campo, son un ayuda valiosísima para su defensa.

Antes de que los niños empiecen a gatear, la guerra ya está establecida; se ha desencadenado la espiral de la represión de los adultos y de la resistencia de los niños. Los padres tienen que levantarse temprano para ir a trabajar, tienen sueño, están cansados.

Lo más probable es que no se den cuenta de lo que están haciendo y que piensen, según el credo en vigor, que lo que ocurre es que los niños son así, dan guerra, son malos. No ven que los berrinches de sus bebés son la manera que tienen de protestar por lo que les hacen; no se dan cuenta porque piensan que ellos están haciendo lo que hay que hacer. Empiezan poco a poco a albergar resentimiento y rencor contra quien les ha trastocado su vida y traído tanto 'trabajo'. El bebé parece el 'culpable', el que ha originado la situación. Es preciso insistir en que el bebé no ha originado la situación; que la sociedad adulta es quien ha eliminado el espacio social necesario para la crianza de las criaturas humanas, haciendo ver que es compatible con el trabajo fuera de casa de los padres, etc. desgraciadamente pocas madres y padres cuestionan el orden doméstico y social establecido y por eso se razona la situación en términos de 'la guerra que dan los niños'. De este modo se refuerza la espiral: hay que acostumbrarles a nuestros horarios, a nuestras costumbres, pues la madre ha de volver enseguida al lecho conyugal, al trabajo doméstico e incluso al trabajo fuera de casa; por eso no hay que mimarles demasiado, tienen que ir aprendiendo.

Cuando los bebés empiezan a tener alguna autonomía (gatear, dirigir las manos, andar) despliegan una

enorme vitalidad; ganas de descubrir, de conocer, de moverse, de tocar, de ver rodar las cosas; y enormes son las medidas que toman los adultos para prohibírselo: meten a los bebés en cunas y parques con barrotes, pequeñas cárceles imprescindibles en los hogares occidentales donde las madres no llevan a los niños colgados en sus cuerpos y en donde nada, ni las casas ni la calle, están hechas tomando en consideración las necesidades de las criaturas, sino a la medida de las necesidades del mundo adulto. Las casas se preparan para que los niños no puedan jugar ni moverse; no pueden pintar las paredes ni gatear por toda la casa, ni tirar los ceniceros de porcelana ni manchar las tapicerías de los tresillos. ¡Con lo que ha costado tener el piso y amueblarlo! Para cada nueva iniciativa hay un 'no' que espera. Así, poco a poco se va reprimiendo la vitalidad de cada criatura. Algo se le coge en brazos, algo se le deja gatear, algo se le deja pintar, algo se le deja coger (esos 'algos' son los objetos de estudio de los pedagogos y psicólogos), algo hay que dejarles porque si no se morirían del todo, y de eso no se trata (al menos en lo que respecta a la mayoría de nuestros niños occidentales) sino de asegurar su supervivencia recortando su vitalidad, modelándola y orientándola hacia la sumisión y la adultez patriarcal.

No hace falta ser un psicópata malvado. La violencia contra los niños es la única permitida por la ley y por las costumbres. Los conceptos de 'educación' y de 'protección' cubren el autoengaño: se dice que no se puede dejar que los niños hagan lo que quieren porque se harían daño; las prohibiciones son, pues, inevitables. Por ejemplo, hay que poner barrotes en las cunas para que los niños no se caigan. Pero, ¡es tan sumamente fácil poner una cama a ras del suelo! ¿Es por casualidad que a nadie se le ha ocurrido? No, no lo es. F.Dolto también ha desenmascarado esta justificación de la represión de los niños, demostrando que con las prohibiciones habituales un niño pierde seguridad, pues se le impide aprender las cosas de este mundo con las que tiene que convivir, y eso precisamente es lo que le hace vulnerable. En lugar de ir adquiriendo autonomía, se les va atontando, infantilizando para poder ser manipulables por los adultos: antes que nada se trata de poder llevarles a donde los adultos quieren. Si renegásemos de la autoridad, del poder fáctico que los adultos tenemos sobre los niños en esta sociedad, sustituiríamos la prohibición con la información, como haríamos con un visitante adulto al que no consideraríamos inferior que llegase a nuestra casa o a nuestra ciudad y que desconociese cómo funcionan las cosas.

¡Qué distinta actitud! Ayudarles a descubrir y a conocer el mundo en el que van a vivir. Esta es otra manera de defender a los niños intentando reducir el anchísimo campo de prohibiciones que les espera.

Según las circunstancias (el grado de resignación de la etapa bebé, el grado de trabajo de los padres y la dosis de agresividad en reserva interiorizada que tienen, etc.) se van definiendo las trincheras y las líneas del frente: los espacios, los tiempos, las comidas, la compañía que se asignan a cada niño, los 'algos' que se pactan para su sobrevivencia y en torno a los cuales se libran las batallas cotidianas cada vez que el niño muestra su inconformidad con los límites y los cercos que se le ponen.

Cuando los niños empiezan a hablar, a las barreras físicas se le añaden barreras verbales: amenazas, chantajes, desprecios consiguen humillarles, asustarles, frenarles tanto como los barrotes de los parques o de las cunas y las correas de las sillitas. Hasta para dormirles se les amenaza metiéndoles miedo cantando nanas que dicen que van a venir 'cocos' que se los van a llevar. El miedo y la humillación conducen a la autorepresión, que es más eficaz y más imprescindible que la represión exterior.

¡Cállate y come! ¡Eres tonto! ¡Estate quieto! ¡si no dejas de llorar te doy un guantazo! ¡Se lo diré a tu padre! ¡Vete ahora mismo a la cama! ¡Obedece ahora mismo! ¡Eres inaguantable! ¡Ya no te quiero! ¿A dónde vas? ¿De dónde vienes? ¿Dónde te habías metido? ¿Cuántas veces tengo que decirte que te

laves las manos? ¡Lárgate de mi vista! ¡Eres peor que un hijo tonto! ¡Qué ganas tengo de que crezcas! Los niños aprenden de sus mayores las reglas del juego, las técnicas de lucha. Y si no se les ha resignado demasiado en la etapa primal, serán niños malos a los que se les reñirá, castigará y pegará con frecuencia. Como todavía tienen mucha imaginación no cesan de inventar 'diabluras' y travesuras para afirmar su dignidad y desahogar la cólera.

Pero no se puede observar el comportamiento de un niño aisladamente de todo su proceso. El niño lleva luchando por su vida desde que nace contra los adultos y contra el orden establecido por esos adultos. Lleva ya dentro mucha rabia contenida. Desde que nace ha sido arrastrado a la espiral de violencia originada por los adultos. Un niño 'malo' es un niño rebelde y un niño 'bueno' es un niño obediente a los adultos. No podemos olvidar en ningún caso esta ecuación.

Tampoco es una guerra en igualdad de condiciones. Los adultos tienen el poder y, en cualquier terreno en el que se plantee la lucha, siempre llevan las de ganar. Desde el poder para decidir lo que van a hacer cada día, cada mes, cada año (despertarse, dormir, comer, lavarse, ir a la guardería, ir al colegio, ir los domingos a tal sitio, ir de vacaciones a tal otro...), el poder para obligarles, para castigarles, para pegarles... Tienen el poder y todas las armas. Los malos tratos a los niños fueron recogidos en el I Congreso de la Infancia Maltrada, de mayo 1989, dando para el Estado español la cifra de 4000 niños muertos al año (11 diarios), amén de una increíble cifra de niños con heridas graves que no mueren; según diferentes congresos de enfermería, medio millón de niños sufren malos tratos habituales en nuestro país (Integral (15) 495-). Esta represión y esta situación de violencia generalizada contra los niños no sería posible sin la complicidad de toda la sociedad adulta; sin ese pacto adulto tácito que todos suscribimos cuando alcanzamos la adultez. Aunque no tengamos hijos o niños directamente a nuestro cargo, todos somos culpables de omisión.

Precisamente, lo más terrible de la represión que sufren los niños es la soledad, el no tener a nadie de su parte, que les de seguridad interior, que les diga que sus padres son unos cabrones y que él no se merece lo que le hacen. Es el testigo que pide Alice Miller para salvar al niño. Porque si el niño acepta la represión como un bien que le hacen no se le permite ni siquiera esa rebeldía interior que podría salvarle. En todas las civilizaciones existe un 4º Mandamiento que sacraliza a los padres (y a aquellos adultos en quienes los padres deleguen circunstancialmente su poder) para asegurar la obediencia y la aceptación de la represión. Esta sacralización hace que incluso los hijos encubran los malos tratos que les infligen sus padres para preservar su imagen exterior. "Algunos secretos tienes que desvelarlos" reza el slogan de la campaña que ha lanzado un 'teléfono del niño' en Holanda: 45.000 llamadas en 1991, más de 100 diarias, de las cuales unas 25.000 relataban problemas acuciantes. En ocasiones el niño no podía articular palabra y solo podía dar golpecitos en el auricular (2 para un sí y 3 para un no). "Cuando por fin verbalizaban su situación, mostraban sobre todo miedo a no ser queridos y temor al responsable de la violencia, el padre (60%), la madre (35%) e incluso hermanos y tíos" (El País 2.4.92) La carencia de afecto y de cariño que arrastra el niño, desde que es separado de la madre al nacer, es una pieza clave del sistema. No es solo una represión que se impone; es una vitalidad que no se deja crecer. La necesidad de cariño en los niños no está falseada con la película del amor entre la pareja como sucede en los adultos, que proyectan de ese modo todas sus necesidades de afecto, incluida su carencia más primaria. El niño busca cariño en todas partes, en todo su entorno. Necesita ser querido y aceptado para calmar su herida. Y esta necesidad es utilizada vilmente por los adultos para hacer al niño todo tipo de chantajes y humillaciones y para atemorizarle. Este mecanismo es el más importante de todos los que utilizan los adultos, porque es el más eficaz, mucho más eficaz que los castigos y las palizas.

Pero además de la familia está la escuela, que es la segunda institución de represión de las criaturas. La

familia no basta. Desde el siglo XVIII, la familia no basta. Los tiempos corren; vienen las declaraciones de derechos humanos, la Ilustración, la revolución francesa... a grandes palabras de libertad se hacen necesarias grandes mentiras... Los métodos de sometimiento cambian.

Las cadenas de hierro se cambian por el sistema de creencias que hay que inculcar. Por otra parte, la revolución industrial exige disciplina... ¡La escuela! ¡Qué gran invento para matar todos los pájaros de un tiro, y encima en nombre de la cultura y de la ilustración!

La misión de la escuela es inculcar la disciplina y una determinada manera de ver la historia y las cosas; es decir, la filosofía de la sociedad patriarcal. Las materias que se imparten son un medio para lograr estos fines. Pues está demostrado que toda la materia que se imparte durante los ocho años de la EGB se podría aprender a los 14 años en unos meses. Además, las cosas importantes el niño no las aprende en la escuela. Pero la cuestión no estriba en lo que el niño aprenda, sino en impedir que aprenda lo que quiera, cuando quiera y como quiera. Se trata de impedir, como ya dijo Einstein, que desarrolle su propia curiosidad, su propio interés por las cosas.

La escuela tiene por cometido continuar el control minucioso de cada niño que sus padres solos no pueden realizar; se les impone la obligación de asistir a clases, que cubren, hora a hora la mayor parte del día. En cada hora de clase tienen unos deberes que hacer, unos cuadernos que presentar, unas lecciones que repetir de memoria.

En ninguna cárcel se ejerce semejante control sobre un adulto. Ningún adulto tiene tan definidas todas las horas de sus días como las tienen los niños; ni en la peor de las cadenas de producción. Porque salen de la escuela, y en casa tienen que seguir haciendo deberes o yendo a tal clase extra que los padres le han puesto. En la desesperación un adulto puede mandar a la mierda un trabajo o a su cónyuge. Pero un niño desesperado no tiene opción a dejar a sus padres o a dejar la escuela aunque los padres o el maestro le peguen o le humillen continuamente. En cuanto a los rendimientos "ningún adulto soportaría el trance de ser calificado regularmente y examinado por lo menos una vez al año", según el jefe de la Unidad de Psiquiatría infanto-juvenil del hospital del Niño Jesús de Madrid.

Los niños se encuentran con todas las puertas cerradas con demasiada frecuencia y sin nadie a quien pedir ayuda. El número de llamadas al teléfono del niño en Holanda y las cifras de suicidios escolares son prueba de ello: el suicidio es la tercera causa de muerte en niños y adolescentes.

Para sobrevivir los niños solo pueden hacer una cosa: someterse, obedecer, aprender las reglas de juego y funcionar de acuerdo con las expectativas de los adultos. Así se reproduce y perdura el sistema patriarcal.

El comportamiento de los niños que llegan por primera vez a Summerhill es clarificador: su primera reacción es un comportamiento 'educado' para hacerse aceptar; luego, viene una etapa totalmente 'antisocial' por la que descargan toda la represión interiorizada; y si se quedan el suficiente tiempo para desahogar la rabia contenida y darse cuenta que en Summerhill no funcionan las reglas de juego de la sociedad patriarcal y que allí son aceptados como son y son libres de hacer lo que quieran, entonces, cambian y demuestran que los niños no son por naturaleza malos, ni traviosos, ni antisociales; y que en unos pocos meses pueden aprender toda la materia que otros niños aprenden de memoria a golpe de disciplina en 8 ó 10 años. El ejemplo de Summerhill es excepcional, porque en ningún otro lugar del mundo conviven 63 niños con tanta libertad; niños que han sido educados más o menos según las reglas del mundo adulto y que sin embargo todavía son capaces de cambiarlas. Summerhill demuestra que es mucho lo que se puede hacer para defender a los niños. Que no es tan sencillo matar la vida del todo. Que hay miles de pequeñas resistencias que cada niño pone en marcha cada día.

Los niños cuestionan el orden doméstico y social asumido por los adultos, un modo de vida al que los

adultos nos hemos adaptado.

Este cuestionamiento amenaza directamente nuestra rutina, lo que a veces creemos son nuestras pequeñas compensaciones (por ejemplo, un día tranquilo viendo la tele después de una semana de trabajo, etc.). Pero no nos amenazan porque sean malos ni por ganas de chingar; lo único que pasa es que tienen una vitalidad que no se adapta a nuestro modo de vida. No podemos olvidar nunca que cuando les decimos 'no', cuando les obligamos a hacer las cosas, cuando les castigamos y maltratamos lo hacemos en nombre de un orden social al que con nuestro comportamiento estamos contribuyendo a consolidar.

Nadie que no haya intentado con un mínimo de seriedad cambiar de algún modo, a favor de los niños, ese orden puede proclamarse inocente. ¿Tan difícil es imaginar un orden social que complazca los deseos de los niños? ¿No podríamos tan siquiera intentar desmontar un poco nuestras rutinas para hacerles caso a ellos? ¿Es tan importante el territorio que hemos conquistado? ¿No se puede intentar vivir renunciando a esa cuota de poder que detentamos contra los demás? ¿Qué podemos ir haciendo para no caer en esta espiral y ponernos del lado del niño desde que es un bebé?

1) Solo tener un hijo si la madre está dispuesta a establecer con él un estrecho contacto físico, lo que incluye darle de mamar, y si hay al menos un adulto dispuesto a permanecer todo el tiempo a su lado. Esto significa estar dispuesto a vivir una relación afectiva con la criatura, significa dar prioridad a esa relación sobre la compra del piso, etc., y, en general, renunciar a la carrera del consumo. Esto es reconocer el derecho a nacer siendo deseado entrañablemente.

2) Tener presentes las necesidades de la criatura y antes de decir el 'no' habitual de los mayores, dedicar siempre un tiempo a pensar si es posible lo que el niño pide, qué tipo de trastorno o molestia nos causaría o que ventajas obtendríamos (ambas partes). En ningún caso despreciar a priori una propuesta o una apetencia de un niño.

No sólo los reprimiremos menos, sino que podemos ganar una relación mejor con ellos. Esto, aunque no abole la Patria Potestad, al menos debilitaría nuestro ejercicio de ella en el interín, y hará al niño más seguro de sí mismo para defender sus derechos frente a nosotros, los adultos en general.

3) Un orden doméstico que les tenga en cuenta:

- a) Amueblar y acondicionar la casa considerando las necesidades de los niños: paredes para pintar, suelos para arrastrarse, colchonetas para revolcarse, para dormir cuando les apetezca: eliminar piezas decorativas y cacharros que se puedan romper al jugar con ellos, muebles puntiagudos que limiten los movimientos (mesas redondas), agua accesible para jugar, ropas que se puedan romper y manchar y que dejen el cuerpo libre, espacio, música, espejos a ras de suelo; es decir, una casa que no sea una cárcel por la que el niño solo puede circular con 'noes' y prohibiciones.
- b) Respetar su ritmo y sus horarios. Su sueño y su hambre. Sus deseos de compañía. Decidir conjuntamente los menús. Caminar a su paso.

4) No obligarles a ir a la escuela. Explicarles los pros y los contras. Si van a la escuela informarles de la verdadera misión de la escuela de manera que les afecten menos los métodos coactivos y no se angustien tanto por las evaluaciones. Apoyarles en los conflictos con los maestros, dejarles hacer pellas cuando quieran, etc.

Aunque estas cosas podamos ir haciéndolas desde ahora, no debemos olvidar que la liberación del niño

(y del adulto), exige unas condiciones que no pueden ser satisfechas por esta sociedad patriarcal, de Capital y Estado y sus valores:

LUCHAMOS POR...

*** EL RECONOCIMIENTO SOCIAL DEL DERECHO A NACER SIENDO DESEADO Y EN UN ENTORNO AFECTIVO NO POSESIVO**

- Sustitución de la familia patriarcal por otras relaciones de convivencia (comunas, etc.) independientes de los lazos consanguíneos y que estén basadas en la ayuda mutua y no en el ejercicio del poder.
- Impulsar una cultura y una moral de libre afectividad para favorecer alternativas a las relaciones autoritarias.
- Supresión del matrimonio en tanto que institución social para la reproducción de seres humanos. Libre elección de nombre y apellidos.
- Derecho al aborto gratuito como un mal menor que un nacimiento y una maternidad no deseadas.
- Derecho a la sexualidad desde que se nace, con todo lo que supone este cambio radical en la moral vigente.
- Como alternativa a los almacenes hospitalarios maternales proponemos nacimientos sin violencia y en unas condiciones en las que lo afectivo sea lo principal.
- Garantizar durante el embarazo y primeros años de vida condiciones físicas y síquicas que no atenten contra la salud integral de cada criatura humana como responsabilidad del conjunto de la sociedad.
- Transmisión desde la infancia de todas las técnicas contraceptivas especialmente las naturales que se basan en el conocimiento del propio cuerpo.

***LA ABOLICION DE LA PATRIA POTESTAD Y EL RECONOCIMIENTO SOCIAL DE LA CONDICIÓN DE PERSONA LIBRE DEL NIÑO**

- Derecho a vivir con quien quiera el niño, con quien le quiera y como se quiera.
- Derecho a aprender lo que se quiera, de quien se quiera, y cuando se quiera.
- Derecho a todo tipo de prestaciones desde que se nace a cargo de toda la sociedad por el mero hecho de existir.
- Abolición de la herencia y de todas las discriminaciones que hoy rigen según el sexo, el orden de nacimiento, etc.
- Abolición de toda discriminación adultos/niños. Reconocimiento para el 'menor' de los mismos derechos humanos y políticos que la comunidad adulta se haya otorgado.

***LA TRANSMISIÓN DEL RESPETO A LA NATURALEZA**

- Combatir las acciones que supongan un atentado al equilibrio ecológico y a las condiciones que aseguran la vida a las futuras generaciones.

Grupo de Donostia de la ASOCIACION ANTIPATRIARCAL, Donostia, junio 1992